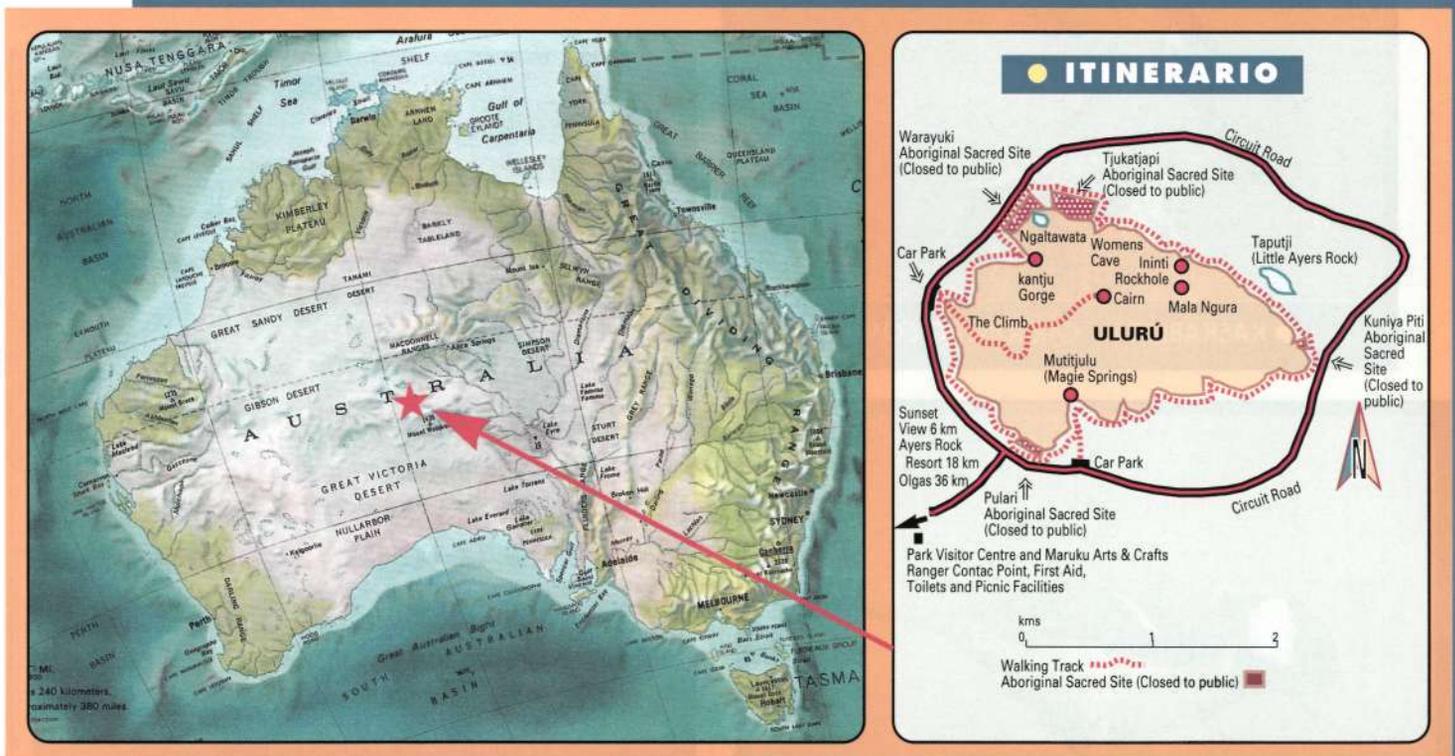
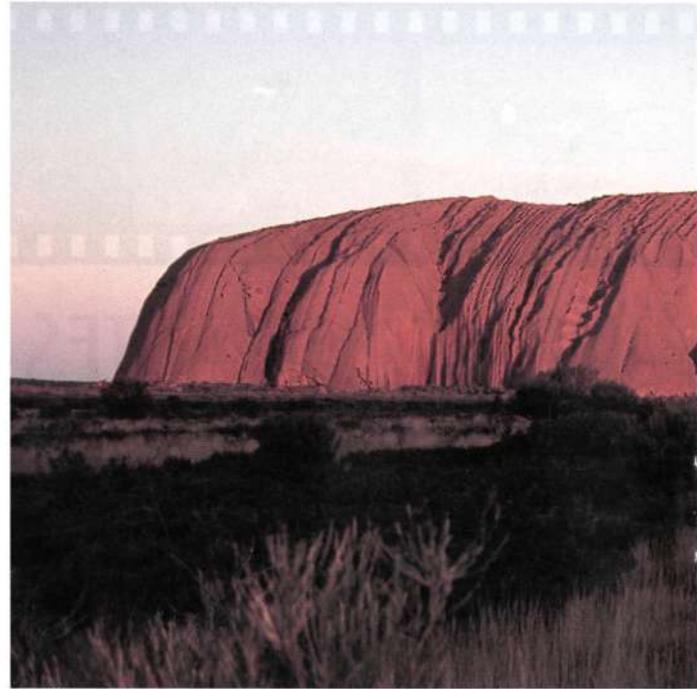


ULURÚ, UN MISTERIO EN EL CENTRO DE AUSTRALIA

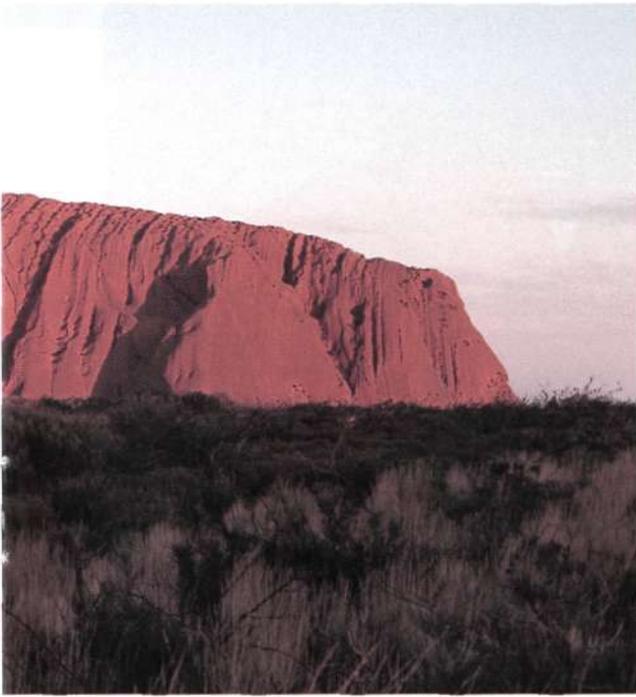
Jesús Morán



S

SIENDO yo niño, cayó en mis manos un viejo libro de geografía universal y me quedé perplejo ante la visión de la fotografía de un islote de roca clavado en medio de un desierto. Ese desierto pertenecía al inmenso continente australiano. ¿Qué hacía esa especie de meteorito clavado en aquel desierto?. Australia es ese continente donde los hombres caminan cabeza abajo y a mi temprana edad, no podía comprender, cuando observaba aquel globo terráqueo de mi escuela, cómo los australianos no se caían y se perdían para siempre en el espacio. Algún tiempo después Newton se encargó de aclarar mis dudas de la infancia.

Por alguna razón que se quedó grabada en el subconsciente de mi niñez, aquella piedra en aquella fotografía en blanco y negro, me dejó abierta una curiosidad y fascinación que se vio recompensada años después por una afortunada casualidad del destino. Fue entonces, al verme delante de aquel misterio, de rojos y ocres cambiantes al capricho del sol, cuando pude comprender lo que ya había leído, que aquella era una montaña sagrada para los aborígenes australianos desde el “dreamtime” o el “tiempo de los sueños”, ese tiempo infinito perdido en la memoria del hombre australiano. Era la montaña sagrada de mis sueños infantiles.



■ A la izquierda. Ulurú a la luz del crepúsculo

Ulurú o Ayers Rock (nombre dado por su descubridor), no es una conquista deportiva, hoy en día es una visita turística, que aquel que se deje caer por Australia no debe obviar. No tiene otras emociones o aventuras que ir a una agencia de viajes de cualquier ciudad y comprar los billetes. Sin embargo, para aquel ser romántico que todos los amantes de la naturaleza y de la montaña llevamos dentro y que nos hace quedarnos mudos ante los grandes horizontes y las formas cambiantes de las montañas, contemplar Ulurú a la luz del atardecer o palpar aquella piedra que se yergue orgullosa en el centro del desierto australiano, como la punta de un témpano, y que se resiste a morir por la acción del tiempo, nos dejará una huella imborrable.

En el centro del continente australiano

Ulurú eleva sus tres kilómetros de anchura máxima, a 350 metros sobre el nivel del desierto y a 869 metros sobre el nivel del mar. Se encuentra casi en el mismo centro del continente australiano, a 2.000 km de la costa bañada por el Océano Índico y a 2.500 de la del Pacífico, en el llamado Ulurú-Kata Tjuta National Park. La ciudad más próxima es Alice Springs a 400 km. Es fácil entender, que ante semejantes espacios, el único medio transporte lógico sea el avión.

Australia es un continente que ha deambulado solitario flotando sobre el magma, olvidado durante millones de años y apenas sometido a las fuerzas tectónicas que son el origen de las montañas. En realidad es como una bandeja, plano como la palma de la mano. En una extensión equivalente a la de Estados Unidos de América, las montañas escasean, el 90% del territorio lo constituyen llanuras y mesetas interrumpidas, de cuando en cuando, por elevaciones aisladas y restos de antiquísimas montañas casi completamente desmanteladas por la erosión. Lo más destacable es la llamada *Gran Cordillera Divisoria* (*Great Dividing Range*), que se extiende de norte a sur en el este del continente, mirando al Pacífico, a lo largo de más de 3.000 km y cuyas cimas más elevadas no superan los 2300 metros de altura. El monte más elevado está al sur de esta cordillera, es el Kosciusko (2230 m), equidistante de Melbourne y Sidney. Aquí se encuentran las cotas más elevadas, que en invierno tienen la nieve suficiente como para practicar el esquí, en los llamados Alpes australianos o



A la izquierda. Oquedades de extrañas formas en la base de la montaña, donde los aborígenes realizan sus pinturas. Debajo. Extraños dibujos y pinturas aborígenes



A la izquierda. Placas de fallecidos en la montaña, bien por ataques al corazón o por accidentes. Debajo. Al amanecer, se forma una caravana de turistas camino de la cumbre. Hay que agarrarse con fuerza a la cadena en la parte más escarpada





■ Arriba. Montes de Olga o las Olgas. Se elevan a 546 m sobre el desierto. Distan 30 km de Ulurú

montes Snowy. Cuando se tiene la oportunidad de contemplar estas montañas desde un avión, uno puede observar que en realidad se trata de amplias superficies, cuyo relieve y paisaje está formado más bien por los valles que se hundan que por las montañas o cadenas elevadas.

La altitud media de Australia es de 200 m sobre el nivel del mar y en su inmenso desierto central hay zonas con tan escaso desnivel (incluso por debajo del nivel del mar), que las aguas de las tormentas torrenciales, que aproximadamente se producen cada cinco años, se acumulan en gigantescos lagos, con extensiones superiores, a las del País Vasco, por ejemplo. Estos lagos que no tienen más allá de 5 ó 10 metros de profundidad, se secan en los siguientes meses inmediatos a las lluvias como consecuencia de las altas temperaturas y la escasa humedad, transformándose en lagos salados, que vistos desde un avión en vuelo, presentan formas y colores caprichosos, no muy lejos de una pintura vanguardista.

Los montes son como islas en la llanura

En ese paisaje desolado, de tierra rojiza, se yerguen los montes islas como el Ulurú. En su proximidad, a 30 km en línea recta, se encuentran Las Olgas o Kata-Tjuta en la lengua aborígen. Todas estas montañas tienen un significado sagrado para los aborígenes, los cuales se autodenominan "Anangu". Sus misterios y divinidades se reflejan en los numerosos grabados y pinturas, que abundan en las oquedades de estas montañas. Su significado sigue siendo misterioso.

Lo más fascinante de Ulurú, son sus formas y tonos rojizos cambiantes con el devenir de la luz solar. Desde un rojo intenso al amanecer, hasta un tono verdoso con la luz del crepúsculo. En las caprichosas formas y sombras de sus paredes verticales, uno puede imaginar los mil y un mensajes de los dioses que hablan a través de esta roca misteriosa que parece caída del cielo. Así lo han debido de ver desde el tiempo de los sueños, los Anangu. Aunque en realidad, ellos atribuyen el origen de la montaña sagrada a dos niños que la crearon cuando jugaban con el barro después de la lluvia. Todo eso ocurrió en el tiempo de los sueños.

A pesar de su sagrado significado, los occidentales no pueden resistir la tentación de ascender a lo más alto (algo completamente intrascendente para los aborígenes), y desde allí divisar el inmenso desierto australiano, salpicado de los montes isla (grandes mesetas de paredes escarpadas). El mejor momento para contemplar este grandioso espectáculo es el amanecer. La visibilidad alcanza a montañas distantes más de 150 km. La ascensión no lleva más allá de 45 minutos a una hora. Los primeros 200 metros de desnivel son realmente intensos y no recomendables, por su brusca y fuerte pendiente, para personas no entrenadas o con alguna dolencia cardíaca. Así lo indican las guías y lo reflejan las placas conmemorativas de los 25 muertos que esta montaña sagrada ha inmolado, la mayoría de ellos por ataques al corazón y sólo uno o dos intrépidos escaladores. Este tramo de tan fuerte desnivel, se encuentra equipado con una cadena-pasamanos, a la que se agarran como lapas las caravanas de turistas no acostumbrados a estos, para ellos, "insondables precipicios".

Un interesante recorrido, son los 9 km de su perímetro, visitando diversas oquedades donde los Anangu han reflejado su cultura y creencias en extrañas pinturas y grabados, en los que predominan los tonos ocres y rojizos, ya que aquí toda la tierra es roja. Además se pueden observar fascinantes plantas y contemplar las caprichosas formas que la erosión (el viento y las lluvias torrenciales) han labrado en la montaña. Abunda en la proximidad de su base una bella variedad de eucalipto, una entre las más de trescientas que en Australia existen de ese árbol. Y haciendo un paréntesis para referirme a esta tan denostada especie arbórea, quedé sorprendido cuando los contemplé en su estado natural, en los bosques al norte de Melbourne y no en cultivo como es lo habitual en nuestro entorno. Estos eucaliptos alcanzan alturas de más de 100 metros, creciendo en una verdadera selva que se desarrolla entre los inmensos troncos, donde abundaban helechos de hasta tres y cuatro metros de altura. También pude aprender que el fuego es uno de los mejores elementos de regeneración de este bello y resistente árbol.

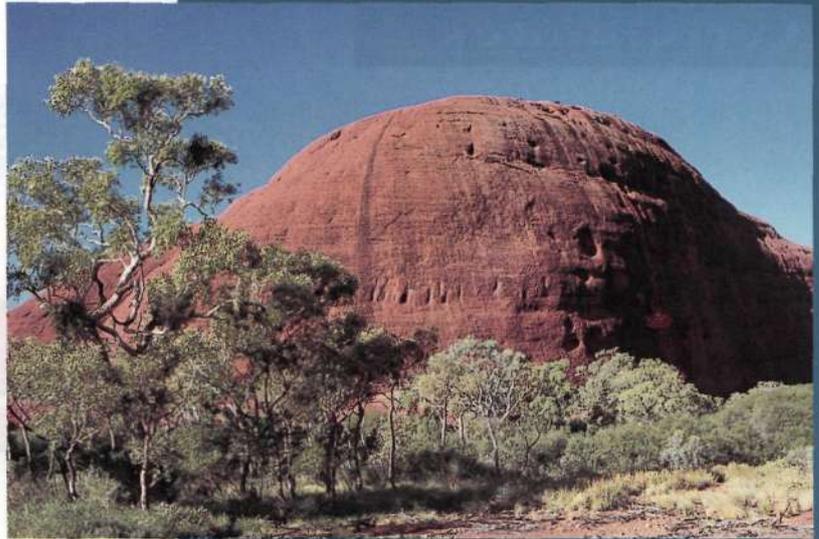
En el siglo XVI fueron muchos los navegantes europeos que se aventuraron por los mares de Java. En el año 1606, Luis Vaes de Torres, portugués al servicio de la corona española, atravesó el

estrecho que lleva su nombre entre Nueva Guinea y Australia. Pero fueron marineros holandeses en el siglo XVII, los primeros que recalaron por esas tierras. Los comerciantes holandeses consideraron al territorio poco rentable, desinteresándose de él. Realmente quienes exploraron metódicamente el continente austral fueron los ingleses, siendo el capitán Cook quien el 23 de agosto de 1770 tomó posesión de gran parte de la costa oriental de Australia, en nombre del rey Jorge III, denominándola Nueva Gales del Sur. Sabido es que los primeros occidentales que se asentaron allí eran militares ingleses y deportados. Hoy nos encontramos ante unos ingleses a los que les ha dado el sol y tienen algo de latinos en su carácter. Además de toparnos con toda una gama de gentes entre asiáticos, europeos y sudamericanos.

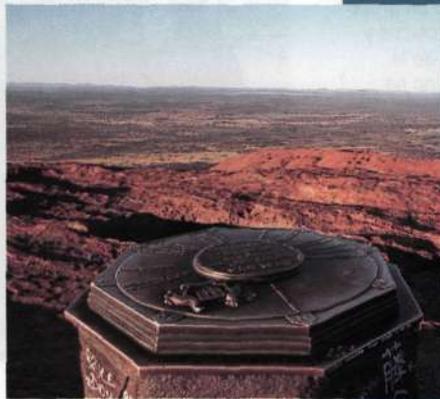
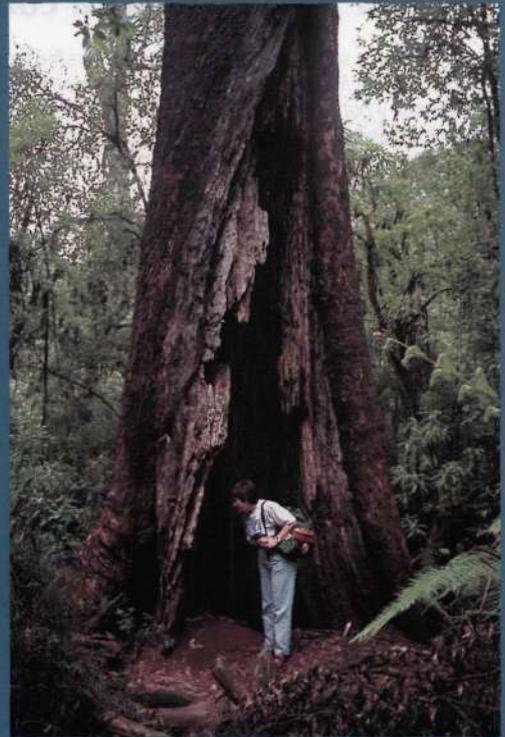
De nuevo en el Ulurú

Volviendo a nuestras montañas del centro de Australia, fue el explorador William Ernest Powell quien, en 1872, se acercó por primera vez a la región de Ulurú, divisando solamente el monte Olga. Hubo de desistir de continuar su camino al interponérsele el inmenso lago salado Amadeus, que describió como "un infierno de barro y aguas salobres". En 1873 otro explorador inglés, William Christie Gosse, acercándose por el sur, contempló por primera vez la mole de Ulurú, bautizándola con el nombre de su superior sir Henry Ayers, algo muy propio de la época.

Cuando con el último sol del día y bajo las primeras estrellas de la noche, la montaña sagrada se tiñe de verde-rojizo, uno siente la tentación de preguntarse si lo que está contemplando es una realidad o una ficción. Allí en medio de una inmensa llanura de escasa vegetación, aparece esta montaña desafiando el paso de los tiempos. Alguien a mi lado mira al cielo y asegura: "eso es un meteorito que los dioses enviaron en los tiempos remotos del nacimiento de nuestro planeta azul". Los geólogos nos devuelven a la realidad, y con menos romanticismo nos dicen que no son más que antiguas areniscas en estratos verticales moldeadas por los agentes erosivos. En los próximos miles de años habrá desaparecido, como otras muchas montañas semejantes que desaparecieron en los remotos tiempos geológicos. Meteorito, la punta de un témpano vivo en las entrañas de la tierra o la obra de unos niños aborígenes, a fin de cuentas qué más da, la belleza no tiene explicación. □



Arriba. Las Olgas y una de las muchas variedades de eucaliptos en su base. Debajo. Tabla de orientación en la cumbre de Ulurú



Arriba. Viejo eucalipto de más de 100 m de altura en los frondosos bosques de Melbourne. A la izquierda. Ejemplo de un inmenso lago salado del centro de Australia, visto desde 11000 m de altura

FICHA TÉCNICA

■ Realizamos el viaje

En marzo de 1994, en la compañía de Nieves González Mendizabal y Angel Puras Tellaache

■ Recomendaciones

Iniciar la visita a Australia por Sidney o Darwin al Norte. Imprescindible un mínimo de 20 días.

■ Permisos

Se obtienen fácilmente en el mismo país o a través de sus embajadas, es posible permanecer libremente en el Parque Nacional Ulurú-Kata Tjuta.

FOTOS DEL AUTOR